

## **Discurso promoción 74 (egresada con 5to año en 1973).**

¿Qué nos une, 40 años después? O, de otro modo, ¿qué tenemos en común?

Los recuerdos, la memoria, claro, y todo eso que dicen habitualmente los discursos.

Pero seamos poco formales. Pensemos, volvamos para atrás.

Hay gente en los recreos, las fiestas, los partidos de fútbol, las charlas de pasillo y de bar. Gente cantando consignas políticas o “Te encontraré una mañana, dentro de mi habitación, y prepararás la cama para dos”.

Hay también chistes, chicanas, ironías, tipos críticos que se sienten los dueños del mundo, con impulsos irreductibles. Charlas en la vereda del Colegio a la salida, momentos de tensión cuando los profesores dan vuelta la libreta con la lista de la división y todos sabemos que no estar en la página que está mirando nos da la tranquilidad de que la chance de ser llamados a dar lección es mínima.

Están también las asambleas, las tomas del Colegio en un año, como 1973, que luego demostró ser “bisagra” en la historia de Argentina, un año en que teníamos una esperanza de cambiar cosas y que, lamentablemente, fue el inicio de una época nefasta que nos terminó marcando a todos... Ahí estamos, somos esos, en cada una de esas situaciones que se quedaron en nosotros, que nunca se escapan.

Me preguntaba al principio qué tenemos en común.

Común significa habitual, normal, esperado. Pero en otra acepción común también es compartido.

Muy normales, con todo respeto, nunca hemos sido. Por suerte o por desgracia, nunca nos gustó ser previsibles. La acepción de habituales y normales no nos va. Nos gusta más la de común-compartido.

Siempre tuvimos en común la mística, la valoración del Colegio, de la institución, de los profesores que nos hicieron pensar, sudar (algunos de ellos hoy están acá, y también les enseñaron a nuestros hijos). Nos hicieron lidiar con la saludable incomodidad de caminar por los cauces menos obvios. Siempre fue un valor hacer las cosas bien, entender que valía el esfuerzo.

Acá aprendimos a negociar, en el mejor sentido, las diferencias. Tenemos eso que cualquier estudio científico sobre los vínculos humanos pondría primero en las listas de lo que tienen en común las relaciones que perduran:

- nos sentimos generalmente felices por haber pasado tiempo juntos,
- queremos saber cómo anda todo por acá aunque ya vengamos pocas veces,
- pensamos positivamente en esta relación,
- y tenemos una fuerte pasión por la vida.

Cuando empezamos la cadena de emails para avisar de esta reunión recibí uno desde Brasil, de un compañero, un artesano que sólo se toma un vino cuando le rinden las monedas. Decía, entre otras cosas:

“No puedo quejarme de mi vida en particular, claro que puedo, sí, como todo lúcido mínimamente honesto, de la voracidad de las entidades financieras que esclavizan a todo el mundo, de los medios de comunicación que son repugnantemente imbecilizantes y subservientes de las grandes corporaciones. Pero, como ves, la llevo bastante bien y puedo considerarme un hombre, y feliz, dos cosas que me llevaron los mejores trabajos. Dentro de los límites lógicos de lo que podemos llamar felicidad que le caben a un agnóstico consciente. Bueno, Edu, contame vos un poco, así se estira la charla...”

La charla se estiró, se volvió chicle, y no por pegajosa sino porque, a pesar de la lejanía, en cada correo revivió la mística.

Los que estamos acá, allá, en cualquier parte seguimos creyendo en cosas distintas, como cuando discutíamos sobre el país que queríamos y lo hacíamos en esos años de felicidad y también de horror y de violencia que nos dejaron solos de compañeros que hoy no brindan, ni escriben, ni llaman.

Algunos estamos convencidos de que el país y el acceso a la educación están peor que entonces; otros piensan lo contrario. Lo que no nos divide es el hecho de creer que todavía la realidad es transformable.

En parte, creo, esto sucede porque nuestro paso por el Colegio sigue teniendo una fuerza enorme en nuestras vidas. Estemos de acuerdo o no sobre el tema que nos convoca a la discusión, respetamos la alteridad, tenemos predilección por la tolerancia (no pasiva ni romántica, pero sí inclusiva).

Y eso lo conseguimos en este ámbito que cambió nuestra manera de pararnos en el mundo: ese Colegio Nacional de Buenos Aires que nos parecía enorme cuando vinimos con 11 años a dar nuestro examen de ingreso, muchos de nosotros era la primera vez que entrábamos a un edificio así. Un grupo de gente que hoy se reconoce en cualquier parte sólo porque entró, y no porque haya egresado con el 5to o 6to año cumplidos, aunque a veces nos acusen de excesivo narcisismo colectivo.

Cuarenta años más tarde fuimos y vinimos, estudiamos, nos casamos, nos divorciamos, tuvimos hijos, nos desencontramos, armamos proyectos, los terminamos, nos enfermamos, nos curamos, nos vimos, no nos vimos... no nos olvidamos.

Cuando dejamos el Colegio, lo hicimos seguros de que a los 57 los demás eran unos viejos decrépitos a punto de jubilarse de todo sueño. Ahora que los de 57 somos nosotros, no nos alcanzan los días para armar historias nuevas de acá en adelante, aún cuando se haya endurecido nuestra sensibilidad para confiar en las utopías.

Tenemos que pellizcarnos para comprobar que pasaron cuatro décadas. Fuimos y somos prolíficos, cada uno en lo suyo y a su manera, aunque 40 años después hayamos comprobado que es difícil vivir en el mejor de los mundos posibles y sigamos indignados por eso.

¿No se te ocurrirá empezar a hacer citas, no? Esto me dijo una compañera hace unos días en un almuerzo cuando respondí que sí a la propuesta de hablar hoy. Y la verdad que no era la idea, pero también habla de nosotros que siempre hayamos leído a los filósofos, a los novelistas, a los poetas. Así que perdón, pero esto de Rilke me pareció como escrito para este grupo. Los nosotros de antes, y los de ahora:

“Por ser usted tan joven, estimado señor, y por hallarse tan lejos aún de todo comienzo, yo querría rogarle, como mejor sepa hacerlo, que tenga paciencia frente a todo cuanto todavía no está resuelto en su corazón. Procure encariñarse con las preguntas mismas, como si fuesen habitaciones cerradas o libros escritos en un idioma muy extraño. No busque de momento las respuestas que necesita porque no le serán dadas. Usted no sabría vivirlas y se trata precisamente de vivirlo todo. Viva usted ahora sus preguntas. Tal vez, sin advertirlo siquiera, llegue así a internarse poco a poco en la respuesta anhelada y, en algún día lejano, se encuentre con que ya la está viviendo también. Quizás lleve usted en sí la facultad de crear y de plasmar, que es un modo de vivir privilegiadamente feliz. Edúquese a sí mismo para esto, pero acoja también todo lo venga luego, con suma confianza”.

40 años después seguimos acá, sólo con algunas respuestas más, y siempre encariñados con las preguntas. Hay algo que no tiene vuelta atrás: el deseo de crear y de plasmar que sembró en nosotros el Colegio. Estamos en 2013, con razones para celebrar. En el mismo edificio, con gran parte de los que entonces estábamos, y con el compromiso de no olvidar a los ausentes. Somos ex alumnos, pero seguimos legitimando esta historia de afecto y compromiso. ¿Qué más podemos pedir? Quizá, una sola cosa: que se estire la charla.

Salud para todos.

Eduardo Spósito  
16/08/2013